

EL RENACER DE SAFO

--¡Afrodita, deja de espiar la vida de los mortales!—gritó Zeus.

--Padre, usted no es el mejor ejemplo para decirme que no me inmiscuya en la vida de los mortales. ¿He de recordarle cuántas veces ha bajado usted a la Tierra?—respondió Afrodita en tono cortante.

--Haz lo que te plazca, siempre haces lo mismo.

--Eso pienso hacer—sentenció Afrodita.

Afrodita se encontraba observando la Tierra desde el Olimpo. Desde hacía algún tiempo, solía fijarse en una chica joven de la isla de Lesbos llamada Safo. Era poetisa y su verso había conseguido conquistarla al igual que había hecho con sus discípulas. Le parecía una mujer increíble, atrayente, sensual, con el don de la palabra y con artes que hasta entonces no había presenciado en el Olimpo; deseaba conocerla.

Sospechaba que Eros se había inmiscuido provocando aquella extraña atracción. Afrodita había rechazado a Eros cuando éste había intentado seducirla; bien podría tratarse de una venganza. Afrodita se sentía rara por aquella atracción que tenía hacia Safo. Los Dioses lo vigilaban todo; castigaban a los mortales que les desobedecían, se permitían las más variadas orgías con los mismos, pero Afrodita desconocía si aquellas prácticas que observaba en Safo se le permitirían a ella también. Embaucada por la curiosidad, decidió que tenía que descender a la Tierra y hablar con Safo; ya la conocía de sobra, la llevaba espiando más de seis meses; sin embargo, precisaba tener un contacto más íntimo con ella.

--Vaya, Afrodita ¿otra vez espiando a Safo?—preguntó Eros con tono burlón.

--No la espío, tan solo la observo—corrigió Afrodita.

--Lámalo como quieras. Ahora entiendo por qué me rechazaste y pese a ser el Dios del amor te resististe a todos los poderes que desplegué para conquistarte.

--¿Qué insinúas?—preguntó Afrodita de manera cortante.

--Insinúo que tú también eres pupila de Safo y que acabarás mal.

--No sé porqué debería acabar mal.

--Afrodita, a veces pareces tonta—dijo con desdén Eros—.Tu padre es Dios de dioses, lo ve todo; si te observa siguiendo las directrices de esa mortal te castigará.

--Él no se va a enterar, al no ser que tú le digas algo; en cuyo caso no creerá a alguien que sabe que trata de perjudicarme.

Eros dejó caer sobre Afrodita una mirada de desprecio y rabia y se marchó a seguir complicando las vidas de los mortales.

Afrodita, plenamente dispuesta a conocer a Safo, decidió bajar a la Tierra. Antes necesitaba tomar otra apariencia, ya que todos los habitantes de Lesbos y de toda Grecia la conocían por las numerosas estatuas que de ella se hacían. Por ello, optó por secuestrar a una mortal, una chica bellísima de unos veinticinco años; la transformó en arbusto y la dejó en un sitio apartado en el bosque, donde ni los animales la pudieran encontrar para comérsela; una vez hecho esto, adoptó su apariencia de mujer y se dirigió al encuentro de Safo. Echó a andar por todo el bosque, hasta que llegó al Thíasos.

Safo se encontraba situada sobre unos escalones, mientras recitaba poemas, sus alumnas la rodeaban sentadas sobre los peldaños más inferiores. En la distancia Safo se mostraba mucho más atractiva y elegante en comparación a la perspectiva que tenía Afrodita desde el Olimpo. En cuanto Safo vio a Afrodita con la apariencia de la chica mortal que había raptado, enseguida cesó de recitar, se levantó y se quedó contemplándola sin temor a que sus

alumnas notaran la atracción que acababa de experimentar. Afrodita se percató de aquella atracción y para romper la tensión en el ambiente, decidió avanzar hasta el círculo en el que se encontraban sus alumnas y sentarse, como otra más, a escuchar recitar a Safo. Cuando ésta última terminó con su oratoria, sus alumnas se dispersaron dejando solas a Afrodita y a Safo.

--Creo que eres nueva por aquí ¿no es cierto? Aún así tu cara me resulta familiar—dijo con suspicacia Safo — ¿No nos habremos visto por otros lares?

--Sí, creo que nos vimos hace cuatro meses más o menos por Ereso—mintió Afrodita.

--Es verdad, hace cuatro meses estuve por Ereso buscando nuevas alumnas—sonrió Safo—y por lo que veo tuve bastante éxito.

--Safo, yo estoy aquí realmente por otro asunto

--¿Qué tipo de asunto?—preguntó Safo recelosa.

Afrodita tomó a Safo del brazo y se la llevó al bosque próximo en el cual había dejado a aquella chica en forma de arbusto. Una vez que se aseguró que nadie podía verlas, empezó a adoptar su verdadera apariencia de Diosa Afrodita. Mientras se transformaba, Safo estaba completamente inmóvil sin dar crédito a lo que estaba presenciando. Cuando Afrodita apareció por completo se dirigió a Safo.

--Ahora te resulto más familiar ¿verdad?

--¡Por Zeus! ¡Si sois la Diosa del amor! ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué una divinidad con tanto poder recurre a una mortal?

--No te requiero para ningún tipo de misión—respondió Afrodita—.Llevo observándote durante meses, por eso sé que estuviste en Ereso. Yo también soy alumna tuya aunque no haya bajado al Thíasos como el resto de tus seguidoras. Tus poemas me han enamorado de ti y no aguantaba ni un segundo más en el Olimpo sin conocerte.

--Afrodita, yo también he estado enamorada de vos. Diosa del Amor, siempre he idolatrado vuestro poder para hacer dichosos a los mortales; aunque ellos muchas veces hayan maldecido vuestras decisiones, yo sé que en el trascurso de ese amor intervienen los propios mortales y no vos. Soy vuestra más fiel seguidora y me sentiría muy afortunada de caer en brazos del amor hecho Diosa—Safo hizo una pausa y prosiguió—. Lo que no puedo llegar a comprender es cómo la propia Diosa del Amor no ha sabido resistirse a sus caprichos.

--Te olvidas de alguien—interrumpió Afrodita—. ¿Qué me dices de Eros?

--Es cierto, me he olvidado de Eros. Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

--Eros es mi hijo. Se encaprichó de mí, como le pasó a Edipo, y se sintió abatido cuando le rechacé, por ello ha hecho que me enamore de ti. En un intento de crear venganza, me ha descubierto el más dulce de los placeres.

--Los Dioses siempre os estáis fijando en los mortales. ¿Es que no tenéis suficiente con vuestros semejantes?

--Los caprichos de los Dioses son así—respondió Afrodita con resignación.

--¿Pero qué pensará tu padre de esto? Otras veces se han visto a Dioses con mortales que han engendrado poderosos y heroicos semidioses; sin embargo, de esta unión no saldrá nada. Temo a la ira de tu padre—se preocupó Safo.

--A mi padre no tienes razón para temerle. Si yo intercedo por ti, no te pasará nada—aseguró Afrodita—. Además, mi padre hace años que no saca sus rayos a pasear—bromeó.

--En ese caso, creo que no habrá problema en que nos conozcamos de una manera más íntima ¿no?—propuso Safo aproximándose a Afrodita.

--Primero tendremos que buscar un sitio.

Afrodita echó a andar por el bosque en el que se encontraban; Safo, inmediatamente la siguió hasta que se situó a su altura. Después de vagar durante más de una hora por el bosque sin encontrar un sitio que fuese del agrado de las dos, Afrodita, tomó la mano de Safo.

--¿Qué haces?—preguntó Safo.

--Te voy a llevar a un sitio que tengo reservado para ocasiones especiales.

Ambas se aparecieron en una playa paradisíaca, con unas aguas azuladas como la turquesa y transparentes como el cristal. No había ningún tipo de fauna ni de flora en aquel lugar.

--¿Dónde estamos?—preguntó Safo.

--En el centro de la Tierra, a mí me gusta venir aquí con mucha frecuencia. Los mortales pensáis que esto está lleno de magma y rocas fundidas, pero lo que provoca los terremotos y los movimientos de fallas, en verdad son las mareas. El magma está en capas más superficiales que siguen siendo inaccesibles para vosotros—explicó Afrodita con orgullo.

Safo estaba embobada por aquella concatenación de sucesos; una diosa se le había declarado y ahora se encontraba en el centro de la Tierra. Era evidente que aquella aventura no era para ser contada, la podrían tomar por mentirosa o por algo peor, una loca; a los dioses tampoco les gustaría que fuese presumiendo de haber tenido un encuentro con la Diosa del amor.

--Safo, ven, caminemos—invitó Afrodita.

Safo obedeció.

--Dime, ¿te gustaría que fuésemos a un lugar más acogedor e íntimo?

--Lo estoy deseando—respondió Safo mientras sonreía y abrazaba por la cintura a Afrodita.

--Bien, pues entonces sígueme.

Afrodita giró su cabeza y le dio a Safo el primer beso de una largo repertorio que le preparaba para aquella noche. Fue un beso lento, muy sensual, los labios se acariciaban al compás del vaivén de las olas. Safo portaba ya mucha pasión en su cuerpo a consecuencia de las poesías eróticas que había estado redactando aquella mañana, por ello, sintió el incontrolable deseo de abrazarla y sentirla lo más cerca posible de su cuerpo. Aquel instante se perpetuó durante un par de minutos provocando un hormigueo que acarició ambos cuerpos. Al finalizarlo ambas se miraron a sus ojos que relucían de nerviosismo, excitación y alegría; se volvieron a intercambiar besos más pequeños y prosiguieron su marcha.

Cuando al fin arribaron, Safo pudo ver que se trataba de una cueva cuyo suelo estaba formado de arena, las paredes eran lisas y en el centro de esta cueva había un pequeño fragmento de mar.

--Esto está muy oscuro, pondré remedio inmediatamente.

Afrodita apuntó con la palma de la mano a un lugar de la cueva y originó una hoguera en la que cabía un toro tumbado sin estrecheces. El fuego olía a canela de una forma sutil, suave y fina; era un aroma que se dejaba sentir si prestabas un poco de atención al ambiente.

Afrodita se tumbó, de una manera ladeada, a unos dos metros de distancia de la hoguera.

--Safo, ven y tumbate conmigo—invitó Afrodita.

Safo, encantada con aquella proposición, se acostó junto a ella. Durante unos instantes ambas se miraron a los ojos, hasta que, en un arrebato, se brindaron un beso excesivamente

lúbrico mientras que con sus manos recorrían el cuerpo el de la otra. Afrodita inició sus tocamientos más íntimos introduciendo su mano por debajo de la túnica de Safo, esto le permitió sentir su cuerpo suave, sudado. Safo se estremecía por las caricias y abría sus piernas por la excitación que llevaba.

Ante estas señales, a Afrodita no le quedó más remedio que desgarrar la túnica de Safo, arrancársela y tirarla a un lateral de la cueva en la que se encontraban. La escena de pasión y de lujuria fue interrumpida de repente por una frase de Afrodita.

--Safo, quiero pasar contigo toda mi vida.

--Creo, que eso, en el caso de un dios, es demasiado tiempo—dijo Safo sonriendo.

--Entonces tendré que convertirte en diosa.

--¿Tú me puedes convertir en diosa? ¿Eso cómo se hace? ¿De qué sería diosa? – preguntó Safo de manera ilusionada a la par que acelerada.

--El único medio para transformarte en diosa es a partir de lo que te voy a hacer ahora.

Afrodita se quitó también su túnica y quedó completamente desnuda ante los ojos de Safo, se tendió sobre ella para acariciarle los pechos y recorrer su cuello con la lengua. Safo, inmovilizada por el peso de Afrodita, no podía hacer movimiento alguno, solo podía contraer un poco las piernas por la impaciencia que le provocaba el deseo de que Afrodita la poseyera. Las manos de la diosa se deslizaron hasta llegar al monte de Venus de Safo y empezó a enredar sus dedos entre el ensortijado vello. Posteriormente, pasó a puntear con sus dedos el clítoris que se mostraba rojo, carnoso y anormalmente prominente.

Safo emitía gemidos sólo rotos por los besos de Afrodita, quien, para potenciar a un más el deseo de Safo, decidió quitarse ella también la túnica para estimular su sentido visual. De inmediato, las manos de Safo se posaron sobre los pechos medianos de Afrodita para

acariciarlos de una manera centrípeta. Cuando ya los cuerpos se mostraban más receptivos por el aumento de volumen de determinadas zonas y su cambio de color, Afrodita pasó a hundir su mano entre el valle que formaban sus muslos, provocando con ello que Safo gimiera más fuerte. Recorría sus profundidades de una manera rítmica que hizo subir el rubor a sus mejillas para terminar estallando en el frenesí que emanó de su vulva. Safo, aturdida por la descarga que acababa de recibir por todo su cuerpo, se incorporó encima de Afrodita pensando que ahora le tocaba mostrarle a su compañera todas las artes que exhibía en sus poemas. Los besos de Safo nacieron en el cuello de Afrodita y se alternaban con lamidos pequeños mordiscos; descendió hasta sus pechos donde rodeó los pezones con su lengua, siguió bajando hasta llegar a lo más íntimo de su vulva para alimentarse de sus jugos y recorrer cada recoveco que en ella se escondía. Jugó con su clítoris durante varios minutos; tarea difícil, ya que Afrodita no cesaba de moverse; hasta que al final logró que Afrodita se desprendiera del flujo que en ella guardaba. Tan pronto como lo hubo tragado, trepó hasta la boca de Afrodita para besarse y abrazarse mutuamente con toda la pasión que sus escasas fuerzas les permitían. El cuerpo de Safo, que ya era bellissimo y elegante, se tornó más estilizado, más esbelto y atlético; su melena, que hasta entonces era morena, se tornó de un color dorado y la fisonomía de su cara cambió en su conjunto para ser más femenina.

--Ya está—dijo Afrodita abrazando a Safo.

--¿El qué esta ya?—preguntó Safo extrañada.

--Ve y mírate en el agua.

Cuando Safo pudo al fin contemplarse en aquellas nítidas aguas, quedó asombrada de los cambios que había sufrido. Era una auténtica diosa, digna de ser inmortalizada en estatua, no sólo por su condición divina, sino también por su belleza, para embellecer los templos griegos.

Afrodita se aproximó por detrás a Safo y la abrazó por la cintura.

--Al unirme conmigo, te has convertido en diosa—comentó Afrodita.

¿Pero por qué me ha pasado esto? Tu padre se ha acostado con varias mortales y ninguna de ellas ha acabado siendo diosa—contestó contrariada Safo.

Afrodita se quedó mirando a los ojos de Safo y sonriendo, esperando a que ella misma diese con la causa de su transformación.

--¿De verdad no te das cuenta?

--No, la verdad es que no. No entiendo nada—respondió Safo confundida.

--Lo que me diferencia de mi padre—comenzó Safo—es que mi él no estaba enamorado de las chicas con las que se acostaba, yo sí.

Safo sonrió también y besó a Safo profunda y prolongadamente.

--Yo también te quiero—dijo Safo.

Seguidamente, se abrazaron.

--Eres la diosa de las lesbianas, preciosa—susurró Afrodita.

Safo acarició los pechos de Afrodita y empezó a besarlos. La tomó en brazos y la llevó al otro lado de la cueva donde volvería a recrearse en el cuerpo que le había brindado el amor y la inmortalidad.